

*Quando recuerdo aquellos años me pierdo
Quando hablo sobre lo que es real y realista*

Los secretos de los indecentes

PURITA RUMEN

Una librera.

Un cura.

Una prostituta.

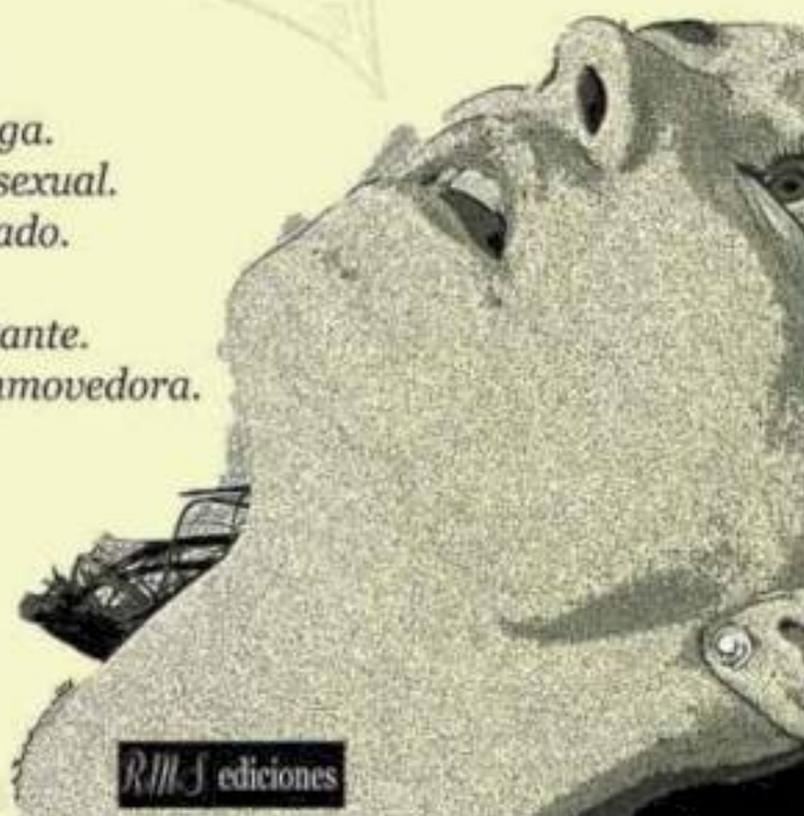
Una anciana ciega.

Un pintor homosexual.

Un poeta asesinado.

Una trama excitante.

Una historia conmovedora.



R.M.J. ediciones

Los secretos de los indecentes

PURITA RUMEN

Copyright © 2015 Purita Rumen
Ilustración de portada: Raquel Méndez
All rights reserved.
ISBN-10: 1511850302
ISBN-13: 978-1511850308

Diálogos vivos orlan el texto de esta novela. Aromas almizclados y sabores se taracean y pasean. Poesía deslumbrante, en cartas, depositada. Una botella vestida o desnuda; una melena deshojada; unas pestañas que aran; una vida que se apaga cual luciérnaga al ocaso del día; sentirse como perro tirado en la cuneta cierto día de agosto; unas flores que alcanzan sentido al admirarlas y sentir su aroma; unos rizos asustadizos; un moño, despuntando altanero como soberbio coral; unos ojos como duras canicas; una relación que, sin querer, brota como hierbajo entre adoquines de acera; unos faros como agujeros de enorme nariz olfateando el asfalto; una amistad que crece, lenta y delicada, como pastel en el horno; una trompeta resentida; unas sonrisas de juguete; una maleta repleta de pedazos de vida; el vino despeñándose por unos ojos en infantiles llantos y otros ojos que se escarranchan: son todas hermosas figuras poéticas que enriquecen el texto de esta autora...

Reseña de Dña. Leonor Merino García
Dra. de la Universidad Autónoma de Madrid

Dedicado a Maribel,
por creer en mí desde el principio,
por estar ahí cada vez que
mi cielo se ha rebelado.

Índice

Prólogo

Enero de 1975. Madrid

Febrero de 1975. Madrid

Marzo de 1975. Madrid

Abril de 1975. Madrid

Mayo de 1975. Madrid

Junio de 1975. Madrid

Julio de 1975. Madrid

Agosto de 1975. Madrid

Septiembre de 1975. Madrid

Octubre de 1975. Madrid

Noviembre de 1975. Madrid

Diciembre de 1975. Madrid

Año de 1976

Septiembre de 2001. Madrid

Prólogo

Mi querida España empezó a cubrirse de un manto rojo aquel año de 1936, como si los árboles que en primavera escupen polen hubieran escupido esta vez sangre. Aquellos que habían respirado el mismo aire, pisado la misma tierra y curtido sus rostros bajo un mismo sol, dejaron de ser hermanos y se convirtieron de la noche a la mañana en inexpertos combatientes de bandos enemigos. Los españoles soltaron el martillo y la azada para asir un fusil preñado de una munición que en muchos casos acabó incrustándose de forma indiscriminada en los cuerpos de hombres, mujeres y niños que ni siquiera conocían el motivo de aquella lucha. Las esposas se quedaron viudas, los niños huérfanos, los viejos impotentes frente a aquella locura...

En definitiva, la preciosa meseta fue machacada y ultrajada por moradores y extraños. Algunos dicen que los intereses político-económicos de algunas potencias extranjeras fueron la causa del inicio de la guerra y que nuestras regiones sólo fueron meros campos de tiro para que Hitler y Mussolini pudieran poner a prueba el montante armamentístico que poco tiempo después iban a utilizar para destruir Europa, pero quienes lo dicen no deben olvidar que en el vientre del propio país existía un cisma prácticamente

insalvable, y que, en definitiva, el ansia de poder de algunos sectores españoles fue lo que finalmente hizo estallar el conflicto.

Sea como sea, los novios de aquella España que se enamoraban entre aromas de limón y tomillo fueron separados forzosamente. La guitarra flamenca y el baile se vistieron de luto para honrar con su arte a aquellos que se habían quedado sordos para siempre, y el vino que escupía la bota se convirtió en el único bálsamo que podía aliviar la pena negra que se extendía pavorosamente a lo largo y ancho de la piel de toro. En las calles el himno patriótico sustituyó a la alegre copla que cantaban los jornaleros en el campo mientras araban la tierra, la misma tierra que contemplo yo desde la ventana de mi casa setenta años después. Los árboles que ahora apuntan hacia el cielo bebieron de esa tierra fertilizada con la sangre de nuestros abuelos, de los que podían haber sido y no fueron, de todos los que se perdieron...

"En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado". Así se ponía en conocimiento de todos los españoles el fin de casi tres años de absurdos enfrentamientos entre uno y otro bando. Nadie podía imaginar entonces que aún quedaban por llegar años de miseria, hambruna, represión y oscurantismo... El sufrimiento y la muerte seguirían acosando a mi maltrecho país sin piedad...

¿Quiénes fueron las víctimas en esa guerra de locos? ¿Quiénes fueron los verdugos? ¿Fueron los verdugos acaso víctimas antes de convertirse en verdugos? ¿Podemos incluso admitir que los hijos y los nietos de aquellos que en el pasado se comportaron como verdugos, son hoy las víctimas de un presente que pretende restaurar la memoria de los vencidos?... Víctima y verdugo: dos figuras inexorablemente entrelazadas en su naturaleza, pues ninguna de las dos halla su lugar en este mundo sin la otra. Así, donde hay un torturador existe un torturado y allí donde malvive un ultrajado ronda un desalmado.

Díganme: ¿qué es lo que acaba convirtiendo a un hombre en una cosa u otra? Si es la sangre de su estirpe la que lo convierte en tirano, o el maltrato al que se ha visto sometido en sus primeros años de andadura por este mundo ¿cómo atrevernos entonces a juzgar su tiranía? Si, en cambio, la simiente de la maldad ha crecido en él regada por valores como la ambición, la avaricia y el egoísmo, juzguémosle y condenémosle, pues las simientes pueden llegar a convertirse en árboles fuertes y robustos, y varios de esos árboles pueden llegar a formar un bosque que acabará siendo un potente y despiadado ejército...

Quizá no haya que darle tantas vueltas... Todos somos víctimas. Y también verdugos. En tiempos de guerra y en tiempos de paz. Lo fuimos, lo somos y lo seguiremos siendo hasta el fin de los días... Puede que la clave esté en ser misericordiosos con la víctima que llevamos dentro y condescendientes con el verdugo en el que a veces llegamos a convertirnos.

LA AUTORA

Septiembre de 2001. Madrid Fundación Julia Orozco

“Cuando recuerdo aquellos años, mi piel se estremece. Cuando hablo sobre lo que vi, oí y sentí, la lengua se me amarga. A veces revivir el pasado no es agradable, Catalina, pero sirve para que aquellos que están escuchando aprendan de él y no vuelvan a cometer los mismos errores”. Recuerdo las palabras de aquella maravillosa mujer que se marchó de este mundo hace ya veintisiete años... palabras que eran transportadas desde el más íntimo rincón de su alma hasta sus labios en los que morían, pasando a través de una garganta que, en ocasiones como aquella, parecía estar a punto de quebrarse. Había tenido que transcurrir mucho tiempo para que el proyecto que ella inspiró empezara a dar sus frutos, y más de un cuarto de siglo para que por fin su amado pudiera descansar en paz, lejos ya de aquella cuneta en la que sus huesos fueron a parar derribados por las balas de un fusil que un hombre cualquiera disparó. Un hombre cualquiera hecho de piel y entrañas, que acabó convirtiéndose en el asesino de vete a saber cuántos otros infelices más...

¿Cómo podían haber tenido destinos tan dispares dos hombres nacidos en la misma España? ¿Cómo habían lle-

gado al límite de arreglar sus diferencias derrochando odio, rencor y sangre? ¿Por qué habían permitido que el fusil desterrara a la palabra...? Torturadores y torturados. En las guerras, sobre todo en las civiles como la que sufrió nuestra España, ambos roles se llegaron a confundir, e incluso se intercambiaron en ocasiones, dependiendo de hacia dónde soplara el viento.

Demasiadas preguntas... Miro el expediente que tengo sobre mi mesa, y lo abro de nuevo para releerlo.

En atención a:

*Catalina García—Olmedo Miranda
Presidenta de la Fundación Julia Orozco*

Distinguida señora,

En relación al expediente número 2113/0021 del Fichero General de Desaparecidos durante la contienda de la Guerra Civil y posguerra españolas, le informo de los siguientes datos que son de su interés:

Se localiza fosa situada a 30 kilómetros al oeste de la carretera comarcal que lleva al municipio de Potes, a las afueras de la provincia de Santander. Es descubierta gracias a la colaboración de un hombre residente en el pueblo más cercano que afirma que su maestro de escuela les mostró aquella fosa a él y a sus compañeros antes de ser tapada, con el objetivo de darles una lección sobre la clase de hombres que la Patria no podía tolerar.

Hallados restos humanos pertenecientes a dieciséis personas, todos ellos varones, tres de los cuales han podido ser identificados a partir de objetos adheridos a sus cuerpos:

Gervasio Fernández Herrero (la familia identifica reloj de pulsera)

Juan Manuel Ochoa Pelayo (la familia identifica reloj de pulsera)

Anselmo Rodríguez Marín (sin familia conocida, es identificado por llevar en el cuello medalla de oro con la inscripción «Julia» en el anverso y «2 de marzo de 1929» en el reverso —le adjunto dicha medalla para que su Fundación haga con ella lo que crea conveniente—).

Le saluda atentamente,

José Satoca Durán

Presidente de la Fundación ADCE

Sonríó y acarició el documento con las palmas de mis manos, como si así pudiera consolar a los hombres a los que pertenecieron esos nombres. Vuelvo a recordar las palabras de doña Julia, tan lejanas en el tiempo, tan cercanas en mi corazón. *"Pocos meses después de habernos conocido, estalló la guerra. Anselmo me dijo que lo habían reclutado y que se lo llevaban a Oviedo. Iba a luchar en el bando nacional, pero yo sabía que su espíritu era demasiado inquieto y que eso le podría acarrear problemas. Cuando nos despedimos, le entregué una medalla que yo había llevado siempre en mi cuello, en la que estaba grabado mi nombre y mi fecha de nacimiento. Me dijo que no se separaría de ella..."*

"Y así fue, doña Julia... La llevó con él hasta el final", pienso. Cojo la medalla entre mis manos y empiezo a recordar... Corría el año 1975. Yo estaba acostumbrándome a convivir con mis llagas, cuando de repente alguien llamó a la puerta de mi pequeño piso del portal número cuatro de la calle Santa Isabel. Mis recuerdos se derraman ahora en estas líneas que me dispongo a escribir, y no temo que mi memoria se quede vacía y desnuda sin ellos pues en mi corazón siempre permanecerán. Antes de proseguir, me gustaría recalcar que aunque algunas historias y detalles que aquí plasmo los viví en primera persona, otros muchos los conozco porque fueron los propios protagonistas quienes los compartieron conmigo. A ellos les dedico esta memoria, a esas personas que se cruzaron por mi vida en aquel incierto año de 1975...

Enero de 1975. Madrid

Aquella noche hacía un frío de mil demonios que me había cuarteado los labios mientras regresaba a casa desde la librería. Sólo deseaba ponerme el pijama, tomar un vaso de leche con galletas y sentarme en el viejo sofá a disfrutar de la recién estrenada televisión en color. Lola, mi compañera de piso, había tenido que quedarse en la taberna limpiando, así que no la esperaba hasta mucho más tarde. Oí como la puerta de la vecina se abría, y como segundos después alguien golpeaba con sus nudillos la mía. Eché un vistazo por la mirilla y vi el rostro de una anciana. Los nudillos volvieron a golpear enérgicamente.

Abrí ligeramente la puerta y la vi por primera vez: una mujer menuda, de apariencia frágil y ajada, que desprendía un aroma suave a limón fresco. Sus ojos azules y turbios, que no parecían focalizar bien mi rostro, me sonrieron generosamente.

—Hola querida —me dijo con una voz más grave de lo que cabía esperar—. Soy la vecina de la puerta de al lado. Mi nombre es Julia.

—Buenas noches, señora —abrí más la puerta y me agaché ligeramente para estar a su altura—. Yo soy Catalina.

¿En qué puedo ayudarla?

—Oh, verás jovencita. Sé que no me conoces de nada, y quizá te sorprenda que venga a estas horas —respondió—, pero creo que es el único momento del día en que estás en casa. Quería pedirte un favor. Mi sobrino Fabián me ha escrito esta carta —llevaba entre sus manos artríticas un sobre arrebujado— y me temo que no voy a ser capaz de leerla. La visión se me va nublando poco a poco y...

—¿Quiere que yo se la lea? —le pregunté invitándola a entrar.

—Eso sería estupendo, jovencita —asintió agradecida—. ¿Qué te parece mañana a esta hora en mi casa? Te prepararé un bizcocho delicioso —dijo entusiasmada mientras desandaba el camino.

—Puedo leérsela ahora mismo, si lo desea —le ofrecí.

—No, no... No quiero que cambies tus planes por mí —respondió—. Hasta mañana, querida.

Cerré la puerta y regresé al sofá. Me entró pánico al pensar en lo que se me venía encima: lo último que necesitaba una chica perdida como yo era que una anciana solitaria le cogiera cariño. Me sentía agotada y me di cuenta de que estaba anticipándome a los acontecimientos, tal como era habitual en mí, así que decidí irme a la cama para recrearme pensando en Lucía.

Tres semanas después de aquella visita inesperada, doña Julia se había convertido en una persona imprescindible en mi vida, y durante los instantes que compartíamos ella conseguía que me olvidara de mis miserias.

—¿Y de qué habláis durante tantas horas? —me había recriminado mi compañera de piso aquella mañana soleada, mientras tomaba un tazón de leche con *Colacao*—. No tenéis nada en común.

—Leo las cartas que le envía su sobrino, y hablamos sobre muchas cosas. Ha tenido una vida realmente interesante, créeme —le había contestado yo.

—Catalina, eres realmente ingenua. Seguramente está buscando una esposa para ese sobrino que tiene que con toda probabilidad sea un chico feo y sin recursos —me advirtió—. ¿Ya le has dicho que no está en tus planes casarte y formar una familia?

—No digas bobadas, Lola —dije bajando el tono de voz—. Su sobrino vive en Francia y tuvo que exiliarse de España por ciertos motivos que aún desconozco. En realidad, no se ven desde hace veintitantos años.

—¡Oh, vaya! —exclamó—. Eso es mucho tiempo. Bueno, tengo que vestirme. Si llego tarde, ese viejo verde volverá a gritarme delante de la clientela.

—¿Sigue tocándote el trasero cuando le viene en gana? —pregunté asqueada—. Deberías...

—Sí, debería darle una bofetada bien dada por tomarse tantas confianzas, pero no lo haré, no hasta que encuentre otro trabajo y me vaya de ese antro. Entonces sí que le diré cuatro cosas. Quizá hasta le escupa en su fea cara.

Se dirigió hacia la habitación mientras se quitaba el camión, y yo decidí esperarla para ir juntas hacia el trabajo. Entonces me acordé de que el día anterior le había comprado un regalo y que quizá era el momento de dárselo.

—¡Lola! ¡Lola! Espera, tengo algo para ti —saqué de mi armario una caja envuelta con un papel de coloridas flores y fui hasta su habitación—. Toma. Feliz aniversario.

Su expresión estupefacta me dio a entender que no tenía ni idea de lo que yo le estaba hablando.

—¿Aniversario? —preguntó cogiendo la caja como si fuera de porcelana.

—Hoy hace un año que compartimos piso —afirmé—. ¿Qué te parece si esta noche lo celebramos?

—¡Oh, Catalina! —exclamó abrazándome—. No tenías por qué... Yo... Yo no te he comprado nada. A decir verdad, ni siquiera me he acordado.

—¡Vamos, ábrelo y déjate de bobadas! Espero que te guste.

Rompió el papel torpemente, se sentó en la cama y abrió la caja. De repente, su expresión cambió drásticamente. Al

ver el contenido, su cara perdió el poco color que solía tener. Me dedicó una mirada desorbitada, y soltó la caja como si fuera a estallarle en las manos.

—¿Qué ocurre? —le pregunté—. ¿No te gusta? Es una camisa preciosa, pero si no es de tu agrado puedes cambiarla. La he comprado en la tienda de Matilde, así que no hay problema...

Se levantó de un saltó, se vistió con lo primero que tenía a mano y se miró en el espejo.

—¿Lola? ¿Se puede saber qué te pasa? —le exigí indignada.

Sin mirarme, me contestó.

—Nada, Catalina. Lo siento. Es un bonito regalo, pero por favor llévatelo de aquí.

Totalmente desorientada, cogí la caja que descansaba sobre la colcha y salí lentamente de la habitación.

—Catalina, no vuelvas a comprarme nada de color rojo —me advirtió con tono amenazante—. No me gusta ese color.

La miré amedrentada y asentí con la cabeza. Cogí mi bolso y cuando ya estaba en el rellano de la escalera, asomó el rostro por la puerta y me dijo:

—¡Eh! ¿Crees que sería posible cambiarla por cualquier otro color? —me preguntó como si segundos antes no hubiese ocurrido nada extraño.

—Sí, claro —contesté—. Iré esta misma tarde.

Bajé las escaleras y oí como la puerta se cerraba detrás de mí. Me sentí ridícula y atemorizada. Por primera vez, me di cuenta de que Lola era una completa desconocida para mí.

Con el tiempo, la fui descubriendo poco a poco. Nunca volvimos a hablar de aquel desagradable episodio, y tuvo que pasar mucho tiempo para que yo descubriera por qué el color rojo la ponía tan nerviosa. Lola siempre pensaba lo peor de la gente; para ella, la naturaleza humana era egoísta y malvada, y pocas eran las personas en las que una podía permitirse confiar. Ese prejuicio era, por supuesto, fruto de un pasado que ella procuraba obviar. ¿Qué era lo que